

libro, muestran la importancia de los nuevos lugares espirituales de Granada, que se alzan frente a la Alhambra formando un triángulo con la catedral de dialécticas complejas. Esta nueva espiritualidad dará un empujón definitivo a la veneración a San Cecilio frente a San Gregorio, veneración poco a poco asumida por todos y que también conducirá al devotísimo culto a la Inmaculada Concepción, hasta conseguir una "Granada Inmaculada" que, anunciada en los Plomos, viene a ser un símbolo popular.

Concluye el libro un epílogo en el que Katie Harris señala la continuidad de los defensores de la autenticidad de los Plomos –y de la "auténtica" identidad de Granada, pues– incluso más allá de la condena papal del 6 de marzo de 1682, dejando patente cómo la cuestión había finalmente llegado a ser esencialmente "granadina". Pasa revista a continuación a las distintas hipótesis que han circulado y circulan en torno a la autoría de las falsificaciones, añadiendo a lo ya sabido que quizá en todo el asunto pudo haber una intervención eclesiástica a favor de San Cecilio y en detrimento de San Gregorio. Aportando una perspectiva nueva, la autora sitúa esta fabricación de textos en la colisión de intereses de grupos enfrentados por el poder en una ciudad que aún estaba en pleno proceso de consolidación social.

Se trata de un libro muy interesante. Un libro que sobre la base de la investigación, siempre arriesgada, en torno a la identidad, acierta a poner en funcionamiento todas las fuerzas que actúan en la Granada del XVI. Aunque quizá la parte de la sociedad morisca, sus intereses y motivaciones, sea la menos profundamente analizada, el lector asiste en las páginas de Harris a una continua dialéctica civil y eclesiástica, erudita y popular, morisca y cristiana vieja que va conformando la Granada cristiana y que sufre una gran convulsión con los Plomos del Sacromonte, que la interpelan directamente acerca de lo que es la visión de sí misma. Una Granada que ha tenido un duro proceso de colonización en el siglo XVI ve en los Plomos del Sacromonte la oportunidad de redimirse en la uniformidad cristiana. Las perspectivas que abren las páginas del libro de Katie Harris merecen sin duda una lectura muy atenta.

Luis F. BERNABÉ PONS

LOMAS CORTÉS, Manuel, *La expulsión de los moriscos del Reino de Aragón. Política y administración de una deportación (1609-1611)*, Teruel, Centro de Estudios Mudéjares, 2008, 358 pp., ISBN: 978-84-96053-31-1.

Como anticipo a los numerosos actos con los que este año 2009 se conmemora el 400 aniversario de la expulsión de los moriscos, el Centro de Estudios Mudéjares ha publicado esta obra donde se analiza la expulsión de los moriscos del reino de Aragón y las decisiones políticas y administrativas que se adoptaron para llevarla a cabo.

Manuel Lomas, sustentado en una exhaustiva investigación recopilada en diferentes archivos, aborda la expulsión de los moriscos aragoneses insertándola en el marco general de lo que fue el proceso general de expulsión de los diferentes territorios de la monarquía hispánica. De este modo, iniciada la expulsión con los moriscos valencianos en el mes de septiembre de 1609, resulta indudable que la experiencia aquí acumulada sirvió a la corona de modelo para el resto de las expulsiones. Es de agradecer, por tanto, el esfuerzo del autor por no centrar su trabajo exclusivamente en el caso aragonés y por tratar de enmarcarlo en un ámbito más general: resto de expulsiones, política exterior de la monarquía, movilización general de recursos, etc. Por otra parte, aunque resulta evidente que la expulsión de los moriscos valencianos sirvió para sembrar la incertidumbre en el seno de las comunidades moriscas aragonesas, que a partir de esos momentos se prepararon para una expulsión que consideraron inminente, se resalta en el estudio las protocolarias y falsas promesas que se les hicieron desde las diferentes instituciones de la monarquía de que iban a quedar exentos de la expulsión.

En Aragón, y lo mismo aconteció en los otros territorios de población morisca, la escasa o nula documentación propia de los moriscos impide conocer con detalle cómo vivieron las comunidades moriscas el proceso de su expulsión y las medidas que fueron adoptando conforme se iba materializando. En este sentido, la dependencia de las fuentes cristianas hace que se acabe percibiendo la expulsión como una especie de operación quirúrgica, donde lo menos importante era el propio paciente y donde todos los cirujanos que intervinieron se dedicaron a ejecutar asépticamente la función que se les había asignado, sin importarles en exceso el sufrimiento o los sentimientos de una población a la que se obligaba a marchar desde su tierra de siempre al exilio y en unas condiciones que, como mínimo, cabe calificar de ignominiosas. Este libro y otros que tratan de la misma cuestión adolece, no por culpa atribuible a los investigadores y sí por falta de documentación, del reflejo fidedigno del drama humano que, sin duda, existió. Incluso, tal vez se incide demasiado en hacer recaer una determinada culpa sobre los moriscos con acusaciones, no por menos ciertas tal vez demasiado reiteradas, de abandono del cultivo de las tierras, impago de deudas, acumulación monetaria, circulación de moneda falsa de vellón, etc. Cuestiones todas fácilmente comprensibles teniendo en cuenta la forma expeditiva que adoptó la expulsión.

Se define la expulsión de los moriscos de Aragón como un proceso complejo, ya que no tuvo la espontaneidad y grado de sorpresa que revistió la expulsión de los moriscos valencianos. Al contrario que en Valencia, en Aragón, el periodo de tiempo transcurrido desde septiembre de 1609 hasta el inicio de la expulsión efectiva en junio de 1610 eliminó el factor sorpresa y permitió disponer de un amplio margen de maniobra a todos los protagonistas implicados, que de este modo pudieron tratar de retardarla o impedir la (embajada de la diputación de Aragón), prepararla concienzudamente (moriscos y monarquía), aprovecharla para azuzar el miedo (Inquisición), etc.

La expulsión de los moriscos de Aragón se hace más comprensible en relación con los otros destierros de moriscos. La monarquía, según el autor, no hizo más que copiar el modelo aplicado meses atrás en Valencia; si bien, los tiempos o plazos que se marcaron guardan relación directa con lo que aconteció con el extrañamiento de los moriscos de Andalucía. No obstante, el caso aragonés revistió una singularidad especial, ya que a la salida por mar de los moriscos se unió su salida por la siempre conflictiva frontera pirenaica al socaire de la fluctuante relación que se mantenía con Francia.

El autor rehúye la simplicidad de explicar la decisión de la expulsión de los moriscos como una especie de correlato lógico tras la firma de la tregua de los Doce Años por la monarquía de Felipe III con las Provincias Unidas, considerando que, al menos en el caso aragonés, la misma vino condicionada por otros factores internacionales como las renovadas aspiraciones francesas y saboyanas en Italia (Milán) y en el enclave de Cléves-Julich, aprovechando que la flota española estaba comprometida en la expulsión, y el fracaso de determinadas campañas proyectadas en el norte de África. Manuel Lomas fundamenta documentalmente estos otros motivos, pocas veces alegados por la historiografía sobre el tema, y tiene razón al pretender enmarcar la expulsión de los moriscos en una realidad más compleja que la que supuestamente deriva de entenderla como una solución interna a una mala coyuntura internacional; pero no es menos cierto que la solución de la expulsión había sido contemplada reiterativamente por la monarquía y que en los albores del siglo XVII era una medida suficientemente madura que parecía no tener otra alternativa, ante los reiterados fracasos de las numerosas políticas de asimilación cultural y de evangelización religiosa llevadas a cabo. En este sentido, la coyuntura internacional fue uno de los motivos que se tuvieron en cuenta; si bien, como alega el autor del libro, tal vez la corona española no midió todas las posibles reacciones que pudieran producirse ante la movilización de esfuerzos y de recursos navales que comportó la expulsión de los moriscos, hecho que pudo ser aprovechado por otros estados (Francia y Saboya) para lanzar renovados ataques contra los intereses de la monarquía hispánica.

Sin embargo, aunque la coyuntura internacional pudiera resultar más compleja de la mera firma de la tregua de los Doce Años, Manuel Lomas reconoce sólo como plausible el hecho de que Enrique IV de Francia aprovechara *la distracción* en el destierro de la flota de galeras y de los tercios hispanos para pactar con Saboya; en cambio, considera plenamente demostrado que la monarquía hispánica puso *en gran medida* la expulsión de los moriscos de Aragón por delante de la defensa del Milanésado en su escala de prioridades, con todas las implicaciones que de esto podían derivarse. En todo caso, en el juego de estrategias internacionales que pudieron librarse, no es menos cierto que el supuesto peligro para los intereses hispanos acabó diluyéndose de forma precipitada con la muerte de Enrique IV a manos de Ravailiac el 14 de mayo de 1610, pocos días antes de publicarse el bando de expulsión de los moriscos de Aragón, por lo que quizás se haya valorado en exceso el supuesto peligro de un

ataque contra los intereses hispanos en los enclaves estratégicos de Cléves-Julich y más aún en el Milanésado.

El secreto oficial sobre la fecha precisa en la que se pensaba decretar la expulsión de los moriscos valencianos pudo ser guardado; aunque no cabe ninguna duda de que era una decisión esperada y hasta cierto punto negociada por la monarquía con los señores de vasallos moriscos. Efectuada la expulsión de los valencianos, a pesar de la negativa reiterada de la monarquía de que iba a suceder lo mismo en Aragón, los moriscos aragoneses y la sociedad cristiana de Aragón fueron conscientes de la inminencia de la misma. Unos y otros se aprestaron para afrontarla. En el caso de los señores de vasallos moriscos, para retardarla o impedir la; en el de la Inquisición, para fomentar el miedo en la sociedad cristiana con hipótesis, por no decir auténticas falsedades sobre las connivencias entre los moriscos y los turcos; en el de la monarquía, para negarla mientras no estuvieran disponibles todos los efectivos para ejecutarla; y, curiosamente, en el de la población morisca, quizás la más realista para percibir que les había llegado la hora del exilio, para afrontarla con el menor daño posible para sus personas y bienes. En esta especie de trágico juego en el que todos los protagonistas intervinieron, Manuel Lomas analiza con notable meticulosidad, siempre respaldado por las fuentes, las diferentes sensibilidades que se manifestaron, poniendo de relieve las razones que movieron a unos y a otros para mantener sus opciones. Aunque, quizás el autor, en el fragor de la redacción del trabajo, adopte posiciones partidarias con demasiado entusiasmo a la hora de analizar los efectos provocados, por ejemplo, por la embajada enviada a la corte por la diputación de Aragón, que le llevan a concluir "que la Diputación supo jugar mejor sus cartas que la Corona y que siempre estuvo un paso por delante". O afirmar que, en lo que denomina el juego de estrategias entre la diputación y la corona, la primera salió vencedora frente a la "poco efectiva táctica real". Juegos que, sin embargo, sirvieron para bien poco y no pueden considerarse como se califican de una derrota para el rey y el consejo de Estado, pues, de inmediato, la corona adoptaría la decisión de expulsar a los moriscos de Aragón. Pírrica victoria, si es que puede considerarse así, para una derrota tan manifiesta.

En el caso valenciano, y mucho más todavía en el caso aragonés, se percibe de forma evidente la desproporción de recursos movilizados para efectuar el extrañamiento de los moriscos. Si en Valencia puede resultar comprensible por el porcentaje importante de población morisca que se iba a desplazar, por ser la primera expulsión que se ejecutaba y porque no existía otra alternativa que la vía marítima, la experiencia valenciana había demostrado que sobraron gran parte de los efectivos marítimos movilizados y que los moriscos prefirieron contratar su traslado al norte de África por su cuenta, desechando en muchos casos el uso de la flota de galeras. Pero la experiencia valenciana sirvió en este caso de bien poco al acometerse la expulsión de los moriscos aragoneses. De nuevo, a pesar de ser bastante menor el número de moriscos (no están claras las cifras pero se contabiliza que los moriscos aragoneses expulsados fueron unos 60.000; es decir, aproximadamente la mitad que en Valencia),

se efectuó una movilización excesiva –abruma la relación de escuadras que hipotéticamente debían participar en la expulsión, los contingentes de tropas (tercios y otras)– para, finalmente, intervenir exclusivamente las escuadras de galeras de Sicilia y Génova, juntamente con los barcos comerciales con los que los propios moriscos negociaron su traslado. Por otra parte, si para los moriscos valencianos sólo se contemplaba la vía marítima, todavía se hace menos comprensible tanta movilización de recursos marítimos y terrestres cuando para los moriscos aragoneses además del puerto de Los Alfaques se arbitraron las salidas pirenaicas de Canfranc y el paso de Somport en Aragón, y las rutas de los puertos de Vera y Burguete en el reino de Navarra.

Manuel Lomas demuestra tener un amplio conocimiento sobre los movimientos de tropas y de las escuadras de guerra que participaron en los diferentes procesos de extrañamiento de los moriscos, y ello le induce a prestar quizás una excesiva atención a cuestiones, sin duda muy importantes, pero muy técnicas y complejas que a la postre tuvieron una incidencia escasa en la expulsión de los moriscos aragoneses. Asimismo, este análisis profuso de fuerzas armadas movilizadas deja la impresión de que el reino de Aragón estaba en esos momentos ocupado militarmente, lo que, sin duda, no aconteció; aunque sí que resulta evidente, y así lo atestigua el autor, que en la expulsión de los moriscos de Aragón “fueron prevenidos muchos más recursos de los que eran necesarios, lo que produjo una falta de resolución clara sobre el uso que debía hacerse de ellos y, con ello, la apariencia general de una evidente descoordinación y mala gestión de medios”. En este sentido, se refuerza todavía más este juicio, al constatar el autor que frente a los 35 y 36 comisarios movilizados para controlar y facilitar la salida de los moriscos en Valencia y en la expulsión castellana, respectivamente, en el caso de Aragón se movilizaron 49 comisarios. El corolario curioso de tanta movilización de recursos militares, con los gastos que ello conllevaba, fue que la corona acabaría obteniendo pingües beneficios de la expulsión al ahorrarse la parte de las consignaciones económicas previstas y obtener el servicio económico de los moriscos expulsados.

La corona manejó una deficiente o interesada información durante el tiempo que duraron los preparativos de la expulsión. Ni se produjo una escalada de las tensiones, ni estas degeneraron en conflictos sociales, ni se produjeron repercusiones económicas graves. Pero este reconocimiento de la realidad de lo que aconteció, que el autor aceptará en sus conclusiones, no es el que se vislumbra conforme avanza la lectura del libro, donde, quizás sin pretenderlo, se dramatizan en exceso determinados sucesos, algunos meramente anecdóticos, como la escasez de huevos provocada supuestamente por el acopio que de ellos hacían los moriscos para obtener alquitrán y fabricar pólvora, o los extraños merodeadores nocturnos de Torrellas. Otros más importantes, como el supuesto trabajo de Martín de Alagón como espía infiltrado de la corona en el reino para averiguar la reacción de los nobles o de los cristianos viejos aragoneses ante el decreto de expulsión de los moriscos valencianos, quedan en la penumbra documental por no poderse certificar que tal trabajo se efectuara.

Gastón de Moncada, marqués de Aitona, nombrado virrey de Aragón a finales de 1609 en sustitución del arzobispo de Zaragoza, Tomás de Borja, dispuso de un tiempo escaso para hacerse una idea clara de las dificultades que entrañaba su nombramiento. Su retraso en tomar posesión de su cargo (nombrado en septiembre de 1609, no tomó posesión hasta el mes de diciembre) no le impidió encontrarse de bruces con el conflictivo asunto de la expulsión de los moriscos aragoneses. Su papel, junto con el desarrollado por el gobernador Ramírez de Heredia, resultó crucial, tanto para atemperar los ánimos de todos los protagonistas, como para suavizar ante la corona acusaciones e informes desproporcionados y falsos, y para conseguir que la expulsión se efectuara sin graves contratiempos. Por otra parte, el nombramiento de Agustín Mexía para hacerse cargo de la expulsión de los moriscos resultaba premonitorio, considerando su experiencia acumulada en la expulsión de los moriscos valencianos.

Felipe III no tuvo, como había acontecido en el caso de Valencia, problemas morales a la hora de afrontar la decisión de expulsar a los niños moriscos aragoneses. El análisis detallado que se hace de las opiniones vertidas por la junta de teólogos reunida en Valladolid en el mes de abril de 1610 puede resumirse en la aportada por el confesor real fray Luis Aliaga. Éste justificaba moralmente que el monarca, sin ningún escrúpulo, podía ordenar que también fueran expulsados los niños moriscos, aunque se cuidaba de alegar que, “por conveniencia y piedad, aunque no de obligación de consciencia”, pudieran quedarse aquellos niños si explícitamente así lo pedían sus padres. A la postre, desaparecidos los coyunturales problemas que podían derivarse de una situación internacional compleja y la connivencia que con aquella podría suscitarse si se obligaba a quedarse a los niños moriscos aragoneses (hipotético alzamiento de los moriscos), Felipe III optó por la solución radical y los hijos acompañaron a los padres al exilio.

Manuel Lomas se hace eco de la solidaridad demostrada por la población morisca aragonesa con aquellos de los suyos que se encontraban en una situación de extraordinaria penuria, pagando por ellos las cantidades a que se les obligaba y sufragando los costes de su viaje al norte de África. Incluso, al incluir acertadamente en el libro un breve fragmento de la obra de Aznar Cardona publicada en 1612, donde este autor justificaba la expulsión de los moriscos españoles, podemos apreciar en toda su magnitud y crudeza el drama personal y social que comportó la marcha de aquellas caravanas de seres humanos camino del exilio, sin importar para nada ni su edad, ni su situación personal.

El extrañamiento de los moriscos de Aragón fue una solución radical que dejó un reguero de problemas que afectaron de modo distinto a los señores de moriscos y a sus acreedores: pago de censales, disminución de la producción, pérdida de población, nuevos poblamientos de los lugares abandonados, etc. Problemas todos en los que el autor no se detiene por haber sido ya estudiados por otras investigaciones y sobre los que la historiografía actual tiene ya un conocimiento bastante preciso; en cambio, se analiza con mayor detalle las opiniones e informes que se elaboraron sobre lo que pensaba hacerse con las tierras y lugares de realengo que habían sido afectados por la expulsión, aunque

no acaba de quedar del todo claro cuál fue la decisión que finalmente se adoptó. En este sentido, la valoración de las casas y tierras abandonadas por los moriscos, independientemente de la cantidad resultante que fuera, no casa con la asignación que de ellas se hizo a la Inquisición, para paliar sus déficits de recursos, y al Ejército de Aragón, para solucionar también los graves problemas económicos que padecía esta institución.

Concluye el libro analizando sumariamente dos aspectos que, aunque fundamentales, no entran de lleno en el objetivo del tema planteado. Nos referimos a los grupos de moriscos que permanecieron en Aragón después de la expulsión y a aquellos otros moriscos que una vez expulsados decidieron regresar. Sorprende en ambos casos la ínfima minoría de moriscos implicados con el eco social que adquirieron, lo que redundaría en la gravedad y dureza con que fueron tratados, sin tenerse en consideración atenuantes como la edad, las circunstancias personales y otros factores. Del análisis que Manuel Lomas hace de estos casos, se desprende la actitud inmisericorde con la que se trataron de eliminar por todos los medios: condena a galeras, esclavitud, extrañamiento e incluso condenas a muerte. En definitiva se trató por todos los medios de que no quedara en Aragón ningún resquicio de la presencia de los moriscos.

Para concluir, permítaseme manifiestar que el que esto suscribe tiene la oportunidad de conocer personalmente al autor de libro y está convencido de que, a pesar de su juventud, Manuel Lomas se acabará convirtiendo, creo que ya lo va siendo, en uno de los mejores conocedores españoles de la problemática de los moriscos. La seriedad y amplitud de sus investigaciones, la rigurosidad que demuestra en el manejo de las fuentes y su curiosidad desmedida por rastrear los archivos son pruebas fehacientes de que nos encontramos ante un apasionado del estudio de la Historia. El trabajo que ahora reseñamos es una prueba manifiesta de lo que afirmamos y que además viene refrendado por otras publicaciones en revistas especializadas y por un nuevo libro (*El puerto de Dénia y el destierro morisco (1609-1610)*, PUV, València, 2009) publicado por la Universidad de Valencia. Si esto ha sido capaz de hacerlo cuando todavía no ha presentado su tesis doctoral, que tiene en la fase final de su redacción, podemos aventurar lo que puede ser capaz de hacer en el futuro.

La rigurosidad del que esto reseña le ha permitido apreciar detalles que deben mejorarse: juicios que es más conveniente matizar, afirmaciones demasiado categóricas y excesivo entusiasmo por profundizar en cuestiones un tanto alejadas del tema a tratar. En el fondo, ligeras acotaciones a un trabajo riguroso, de fácil lectura y con un lenguaje maduro, que despeja muchas dudas y aclara ciertas lagunas que podían subsistir sobre la expulsión de los moriscos de Aragón y, más concretamente, sobre las cuestiones referidas a la política y a la administración de su deportación. Del acierto de la publicación de esta obra no tenemos sino que felicitar al Centro de Estudios Mudéjares y encomiar el trabajo que realiza con sus publicaciones.

Francisco PONS FUSTER